

Capítulo 3

El surgimiento de la Economía Política

En el primer capítulo definimos a la producción, la distribución y el consumo como el contenido básico de *lo económico*. Vimos en el segundo que este contenido es captado por los economistas a través de una aproximación que no es neutral ni aséptica, que incluye puntos de vista o concepciones determinantes originadas en ángulos ideológicos en el trabajo científico.

Enfrentamos ahora la necesidad de explicar el momento histórico en el cual surgen los discursos económicos; el momento en el cual lo económico adquiere una especificidad suficiente como para constituirse en el problema y objeto de una disciplina particular como la economía.

Problemas económicos existieron en toda la historia de la humanidad pero sólo en cierto momento, en determinadas condiciones, el conocimiento científico les dio respuestas dentro de un discurso particular. Producción, distribución y consumo fueron siempre tareas necesarias de cualquier sociedad y sin embargo, discursos económicos sólo surgieron -como discursos coherentes que intentaban explicar la totalidad del movimiento económico- a partir de mediados del siglo XVI con los mercantilistas.

No significa esto que antes del siglo XVI no hayan existido razonamientos sobre los problemas económicos. Por ejemplo, Platón y Aristóteles desarrollaron algunos argumentos que pueden ser concebidos como económicos pero íntimamente ligados a lo jurídico, lo ético y lo moral. Ni la economía ni los problemas económicos eran aún motivo de reflexión particular y específica. También en Santo Tomás, en la Edad Media, encontraremos posiciones referidas a lo económico sin constituir un algo diferenciado de lo moral y lo ético.

Es decir que, en síntesis, el cómo y el por qué sobre lo económico se colocarán como preguntas del quehacer científico sólo en cierto momento de la historia del pensamiento social.

a) Los requisitos históricos de los discursos económicos

El descubrimiento de América formaba parte de un conjunto de hechos que anunciaban, de manera progresiva, el fin de un período histórico -el feudalismo- y el surgimiento de otro -el capitalismo-. España y Portugal, en su búsqueda de nuevas vías de comunicación con las Indias Orientales para romper el acoso turco sobre el Mediterráneo, terminarán incorporando un nuevo continente que permitirá una vigorosa ampliación del comercio mundial. Nuevos productos, abundante fuerza de trabajo indígena, grandes cantidades de metales preciosos obtenidos de las minas descubiertas en el Alto Perú y en México hacia 1540 y un enorme espacio territorial aceleraron la expansión del comercio como actividad fundamental.

El comercio provocaba, asimismo, numerosos efectos colaterales importantes que contribuían, progresivamente, a una modificación del medio ambiente social. Por un lado, se revolucionaba la navegación marítima como parte de una profunda transformación del transporte, necesaria para la misma expansión comercial.

Por otro lado, crecían ciudades y puertos comerciales como Génova, Venecia, Sicilia, Florencia, Nápoles, Brujas, Gante y el área hanseática, Barcelona, etc. Ciudades que hacían del comercio marítimo y terrestre su principal campo de actividad.

Mientras tanto, la agricultura, actividad económica básica para la subsistencia social (la producción, distribución y consumo de productos agrícolas constituían la reproducción económica) sufría también transformaciones importantes, técnicas y sociales. Entre las primeras debemos mencionar el incremento de la rotación en los cultivos y la incorporación de nuevas herramientas e instrumentos de labranza que aumentaron el rendimiento de la tierra. Entre las segundas, destacan el cercamiento de las propiedades individuales que limitan paulatinamente el poder feudal, las migraciones del campo a la ciudad, y la aparición de nuevos actores sociales como el campesino individual y el arrendatario.

El comercio ejerció efectos particulares sobre la actividad agrícola como fueron la orientación progresiva de la producción hacia el intercambio provocando la especialización de los cultivos y la paulatina generalización de la moneda como instrumento para saldar operaciones entre individuos.

El crecimiento de las ciudades, el desplazamiento poblacional

hacia ellas modificaron el campo de las necesidades sociales y el mundo de los oficios. El viejo artesano medieval, la organización de la estructura productiva en gremios o corporaciones y su escasa productividad se convertían en trabas para la ampliación de las transformaciones sociales.

El comercio, por otra parte, en tanto ampliaba los intercambios, propiciaba la existencia de los bancos, instituciones dedicadas al tráfico de dinero.

El mundo feudal basado en la soberanía de los señores, en los particularismos de cada uno de los reinos y en el universalismo exclusivo de la Iglesia, entraba en un lento proceso de disolución. Los fenómenos que hemos descrito no podían ser asimilados por las viejas estructuras feudales y se ponía así en movimiento un profundo proceso de transformación histórica. El comercio, el capital comercial, el dinero y el capital usurario operaban como las grandes palancas que accionaban dicho proceso.

El capital comercial compraba barato para vender caro; el capital usurario prestaba para cobrar una suma adicional por ello. Poco a poco, la riqueza, los precios, la ganancia y el mercado se instalaban en el escenario social como los principales referentes de las prácticas económicas de los individuos. Por otro lado, el estado aparecía -en el terreno político- sustituyendo el particularismo del poder feudal y el universalismo de la Iglesia. Era el componente que en un terreno estrictamente político complementaba el surgimiento histórico del mercado.

Estos elementos -riqueza, precio, ganancia, mercado y estado- se presentan como la especificidad histórica de lo económico. Es decir, producción, distribución y consumo, a partir de este momento histórico, se realizarán, se llevarán a cabo a través de la vigencia social de dichos elementos. Sobre ellos, asimismo, se construirán los diferentes discursos económicos. Podemos afirmar así con Göran Therborn que la economía política «... constituye un caso muy especial y posiblemente único en la historia de la práctica científica (ya que) ... el discurso económico surge paralelamente a aquello sobre lo que el discurso versa: la economía capitalista» (Ciencia, Clase y Sociedad, pág. 72). La economía política no se origina en una búsqueda científica en un terreno previamente existente sino en un campo específico integrado por nuevas relaciones de los individuos en torno a la producción, distribución y el consumo. Teoría e historia se fusionan en el desarrollo de un nuevo campo de conocimiento.

b) Nuevas realidades y nuevos conceptos. Mercado y estado

Si algún elemento caracteriza en general al nuevo período histórico que se abría a partir de la disolución del mundo feudal, ése es, sin duda, la ruptura de los lazos de dependencia personal. Los individuos no dependerán de otros individuos en un vínculo directo establecido bien sea a través de la sangre, del nombre, de la pertenencia a un clan o a una tribu, bien sea sometidos al dueño de esclavos o al señor feudal. En el capitalismo los hombres se relacionan bajo aquellas consignas sintetizadas por la Revolución Francesa como libertad, igualdad, fraternidad. Libertad para decidir sobre su cuerpo, igualdad para establecer acuerdos y contratos con los demás individuos y fraternidad como ciudadanos que forman parte de una sociedad determinada. El desafío que el capitalismo incorpora en la historia de la humanidad es que los individuos puedan resolver la producción, la distribución y el consumo a través de vínculos establecidos entre hombres que se suponen iguales, libres y fraternos, sin coacción extraeconómica ninguna y sin dependencias personales entre unos y otros.

El individuo aparece así como individuo aislado frente al conjunto de la sociedad, dispone de obligaciones y derechos al igual que todos los demás. Y se supone en igualdad de oportunidades para enfrentar la vida. Depende su existencia de la sociedad: en la medida en que no posee todos los bienes necesarios debe vincularse con los demás individuos a través del comercio de los bienes que son de su propiedad. Incluso en la carencia total de bienes dispone de uno, que es su capacidad de trabajar para mantenerse. La confluencia del conjunto de intercambios que se producen entre los múltiples individuos, da lugar a lo que se denomina *mercado*. El mercado es, entonces, un espacio social al cual cada persona aporta sus bienes y del cual intenta conseguir los bienes que precisa para satisfacer sus necesidades. El nivel de dicha satisfacción depende de la cantidad de bienes de que dispone para el intercambio.

Esta modificación de la manera como los individuos satisfacen sus necesidades -a través de la relación de intercambio- va asociada a modificaciones institucionales. Entre ellas, se destaca la consolidación de los estados nacionales que aparecerán como representantes del conjunto de individuos que ya definimos como libres, iguales y fraternos. Las voluntades individuales (los intereses individuales) se

representan así a través de una voluntad colectiva (el estado) que tenderá a la realización del interés general. El estado articula las voluntades individuales expresando el interés colectivo, el interés general de la sociedad.

Producción, distribución y consumo reconocen, en el capitalismo, al mercado y al estado como dos espacios sociales fundamentales para su propia realización.

El mercado no es la simple suma de las voluntades individuales. Es un espacio social donde las voluntades individuales entran en un juego competitivo caracterizado por conflictos, confluencias, enfrentamientos y compromisos. El mercado crea igualdades y al mismo tiempo genera diferencias.

Los individuos concurren a él a comprar y vender bienes y servicios: ofrecen los propios y demandan los ajenos. En este juego competitivo de voluntades individuales cada una de ellas se expresa a través de *precios*, cuyo nivel resulta así determinado.

Decíamos que el mercado crea igualdades y al mismo tiempo genera diferencias: algunos pueden perder y otros pueden ganar. Por ejemplo, el comerciante está siempre dispuesto a comprar barato y a vender caro confiado en su astucia y en su destreza para reaccionar frente al cambiante mundo de los negocios. Está convencido de que puede obtener una *ganancia* como diferencia cuantitativa entre lo que lleva al mercado y lo que de él retira finalmente.

Esta posibilidad permanente de la ganancia, similar a la del individuo que realiza una apuesta en cualquier juego de azar, se asocia a la ilusión de obtener una *riqueza*. De esta manera, para el conjunto de personas y para cada una de ellas en particular, la actividad económica deja de tener como finalidad exclusiva la satisfacción de las necesidades y toma como objetivo particular, integrador de la voluntad colectiva, a esa ilusión de riqueza.

c) Conclusiones

Podemos presentar, entonces, los puntos a los cuales hemos arribado. El momento histórico en que cambia el viejo orden feudal y se genera el nuevo orden capitalista resulta ser el punto en el cual se constituyen los discursos específicamente económicos. Es el momento también en el que lo económico adquiere un carácter específico

relevante que lo diferencia de la generalidad de los problemas humanos. Lo económico se diferencia de lo ético, de lo moral, de lo jurídico.

Nuevas preocupaciones surgen a partir de la evolución del comercio, de las migraciones del campo a la ciudad, de los cambios tecnológicos en la agricultura y la industria. Se generalizan nuevos conceptos que reflejan las nuevas realidades: precios, ganancias, riqueza, mercado y estado.

El mercado y el estado se convierten en articuladores de las voluntades individuales y en medios para la realización de los intereses generales.